

ALGUNOS ASPECTOS DE LA INTERACCIÓN ENTRE FACTORES SEMIOLÓGICOS Y FACTORES ECOTÉCNICOS EN LA DETERMINACIÓN DE LA CONDUCTA

Tomás IBÁÑEZ GRACIA*

RESUMEN

La tradicional oposición entre aquellos que sitúan los factores semiológicos como determinantes en última instancia de las conductas y los que asignan esta característica a los factores ecotécnicos, es analizada desde el conflicto más fundamental entre las orientaciones «realistas» y las orientaciones «idealistas».

Se pone el énfasis sobre la necesidad de elaborar una semiología de las conductas y de desembocar sobre una teorización psicosocial que sea a la vez una teoría de la significación. Se intenta una interpretación de la espiral entre lo semiótico y lo material, a partir del «constructo teórico» presentado por Foucault bajo el nombre de «dispositivo disciplinario».

Tras analizar el papel que las representaciones eidéticas desempeñan en la determinación de los resultados producidos por las investigaciones psicosociales, se concluye sugiriendo una investigación que permita contrastar la hipótesis según la cual variaciones en la relación material que une los sujetos a una misma situación producirán lecturas diferenciadas de dicha situación aunque se «utilice» un mismo sistema de lectura.

* Psicología Social. Departamento de Psicología.
Facultad de Filosofía y Letras.
Universidad Autónoma de Barcelona.

ABSTRACT

The traditional opposition between those who believe that semiological factors are the principal determinants of behavior and those who attribute this characteristic to ecotechnical factors, is examined from the point of view of a deeper conflict between «idealist» and «realist» orientations.

The accent is placed on the necessity of a semiological account of behavior and of a sociopsychological theory which would be at the same time a theory of significance. Simultaneously, the author points to the impossibility of neglecting material structures when constructing explicatory models of behavior. A tentative interpretation of the spiral between semiotic and material elements is proposed in terms of Foucault's theoretical construct called «disciplinary dispositive».

After analysing the effects of «eidetical representations» on the results reached by sociopsychological research, the author concludes by suggesting a research design aimed at contrasting the hypothesis that a variation in the material relation which links subjects to a similar situation will produce different «readings» of this situation, even if the «reading system» is the same for all subjects.

LAS DOS CARAS DE LA INDUCCIÓN DE LAS CONDUCTAS: SEMIOLOGÍA Y DISPOSITIVOS MATERIALES

La lógica bivalente impregna con tal fuerza nuestro modo de pensar habitual en el campo de lo cotidiano, que también deja sentir sus efectos en el ámbito del pensamiento científico y, muy especialmente, en el marco de las ciencias humanas y sociales. En efecto, nadie puede negar que las dicotomías tajantes, las oposiciones bipolares, las disyuntivas, las alternativas mutuamente excluyentes brotan como flores en primavera en el mismísimo corazón del discurso psicológico: inneísmo frente a ambientalismo, mentalismo contra conductismo, personalismo versus situacionismo, enfoque clínico contrapuesto al enfoque experimental, comprensión frente a explicación, etc... Aquí tenemos un botón de muestra suficientemente ilustrativo al respecto.

Buena parte de la reflexión que ha ido constituyendo paulatinamente a las ciencias humanas y sociales ha girado precisamente en torno a una de esas dicotomías: la que opone, por una parte, las determinaciones de la conducta (o, más generalmente, las determinaciones de las características del ser) que provienen de las estructuras «materiales» (físico-químicas, socio-técnicas...), es decir la realidad físico-social, y por otra parte las determinaciones que provienen de la esfera «semiótica», es decir de la representación cognoscitiva de la realidad.

Algunos autores pretenden que es en última instancia el significado atribuido por un sujeto a una situación (su elaboración cognoscitiva de esa situación) lo que determinará el tipo de conducta resultante. Bien cierto es, en efecto, que si un sujeto «ve» como distintas dos situaciones «materialmente» idénticas, probablemente responderá con comportamientos diferentes y recíprocamente. Otros autores pretenden, por lo contrario, que es, en última instancia, el entramado físico-social en el que está atrapado el sujeto lo que determinará su tipo de conducta. También en este caso proliferan las evidencias a favor de este punto de vista; todos sabemos, por ejemplo, lo fácil que resulta conseguir que la gente beba más refrescos o se quite la chaqueta manipulando la temperatura del local en el que se encuentran.

En un brillante artículo de vulgarización titulado «La Psicología social: una situación, una trama y una escenificación en busca de realidad», Ph.G. Zimbardo¹ parecía querer escapar a esta dicotomía recurriendo a un enfoque triádico. Pero al final las fuentes de determinación de la conducta social quedan reducidas a la «situación» y a la «trama», ya que el factor verbal agregado por el autor se limita a intervenir como mediador en la elaboración de las significaciones.

Esta oposición entre los efectos del significado o de la «representación de la realidad» y los efectos del entorno social o material es mucho menos «inocente» de lo que puede parecer en un primer momento. En efecto, creo poder afirmar que hunde sus raíces en una oposición mucho más general que recorre toda la historia del «pensamiento acerca del pensamiento» desde el tiempo de los griegos. El enfrentamiento básico entre «idealismo» y «realismo» o entre dos alternativas menos fundamentales como son el «fenomenismo empiricista» y el «materialismo» subyace sin duda en la polémica que opone los partidarios de una explicación de las conductas en términos de

¹ ZIMBARDO, PH. G., «La psychologie sociale: une situation, une intrigue et un scenario en quête de la réalité», en MOSCOVICI, S., *Introduction a la psychologie sociale*, Paris, Larousse, 1972. vol. I, pp. 85-102.

eventos mentales (la significación) y los partidarios de una explicación en términos de eventos físicos (el entorno). Es probablemente este entronque con la epistemología lo que ha suscitado mi interés por la cuestión que aquí intento discutir.

EL PROBLEMA DEL SIGNIFICADO

No se puede abordar el tema del significado en psicología social sin mencionar en lugar destacado las aportaciones que se han hecho desde el «interaccionismo simbólico». Esta orientación teórica es probablemente la que ha puesto mayor énfasis sobre los procesos hermenéuticos y sobre los procesos de atribución de significado considerados como condiciones de producción de las conductas sociales. No es inútil recordar a este respecto tres de las premisas que caracterizan a esta orientación según una formulación que tomamos libremente del que fuera uno de sus principales exponentes, H. Blumer²: 1º Los seres humanos actúan hacia las cosas en función del significado que revisten para ellos. 2º El significado de las cosas nace de las interacciones que se fraguan entre el individuo y sus semejantes. 3º Los sujetos (o mejor dicho los «actores») seleccionan, comprueban, suspenden, reagrupan y transforman los significados en función de la situación en la cual se encuentran y en función de la orientación que tienen sus acciones.

Para dar un tratamiento satisfactorio al problema del significado no basta, sin embargo, con reconocer su importancia, ni tampoco es suficiente con construir tipologías de significantes. Es indispensable adoptar, además, una perspectiva genética. En efecto, el aspecto más interesante que encierra el enfoque semiológico radica precisamente en los procesos y en los mecanismos «generadores de sentido». ¿Cómo se construyen, literalmente, los significados de los actos que uno percibe y que uno emite? ¿Cuáles son los procedimientos a través de los cuales se atribuye un significado a las interacciones sociales? ¿Cuáles son los factores que intervienen en la descodificación o en la hermenéutica de las situaciones sociales? ¿Cuál es la naturaleza del enrejado que el sujeto proyecta sobre su entorno y cuál la naturaleza del tamiz de lectura que aplica a los distintos objetos que se presentan ante su mirada?

El presente trabajo no pretende responder, ni siquiera parcialmente, a estas preguntas que constituyen materia para años de investigación; sólo pre-

² BLUMER, H., *Symbolic interactionism: Perspective and method*. Englewood Cliffs, N.J., Prentice Hall, 1969.

tende contribuir a plantear el problema de una semiología de las conductas³ y a desbrozar el terreno para que se vayan estableciendo paulatinamente las condiciones de posibilidad de un tratamiento semiológico del quehacer social y del entramado social en el que éste se desarrolla.

Ferdinand de Saussure sugirió en su tiempo que la «ciencia de los signos» debía ubicarse de lleno en el seno de la psicología social. No parece que la psicología social haya sacado las consecuencias últimas de esta intuición saussuriana que la hacía depositaria del secreto del significado. Sin embargo, no cabe la menor duda de que toda significación nace efectivamente de una interacción que la instituye como tal, y de que, en esta medida, el signo es una entidad psicosocial de par en par. Pero la vinculación de la psicología social con la semiología es aún más profunda. En efecto, no basta con considerar que el signo es justificable de una aproximación psicosocial; conviene reconocer, además, que es el propio objeto de la psicología social el que conlleva en su propio tejido una dimensión irrenunciablemente semiológica.

En cierta medida se puede afirmar que no puede elaborarse una teoría psicosociológica aceptable que no sea a la vez una «teoría de la significación», o por lo menos que no esté fuertemente conectada con una teoría de la significación. Esta teoría no puede ser, por supuesto, una teoría semántica, aunque sí pueda nutrirse abundantemente de una teoría de ese tipo. El abismo que separa el discurso verbal y las acciones de tipo no lingüístico es patente y suficientemente elocuente. La diferencia no radica únicamente en el hecho de que el lenguaje está incomparablemente más estructurado que las dimensiones puramente conativas de las interacciones sociales, ni tampoco estriba exclusivamente en el hecho de que las unidades que conforman el corpus lingüístico son mucho más fácilmente definibles que las eventuales unidades en las que podría descomponerse la interacción social. La diferencia radica básicamente en que el lenguaje, considerado en su dimensión principal, es decir comunicativa, tiene por función explícita vehicular unos significados intencionales y unívocos, mientras que los significados transmitidos por la actuación no lingüística no constituyen usualmente su objetivo explícito y principal. El éxito del intercambio lingüístico está precisamente en la coincidencia de los significantes y de los significados para los interlocutores. Toda disparidad entre el mensaje que se pretende emitir (significado para el emisor) y el mensaje efectivamente recibido (significado para el destinatario) es imputable a un disfuncionamiento (ruido, diferen-

³ IBÁÑEZ, T., «Factores sociales de la percepción: hacia una psicología social del significado», *Quaderns de Psicologia*, núm. 1, (segona època), pp. 71-81, 1979, Barcelona.

cia de código, diferencia en los especificadores contextuales...). La situación-tipo es aquella en la cual el significado es idéntico a la salida y a la llegada y donde las significaciones transmitidas involuntariamente por el emisor pueden considerarse como irrelevantes. En la interacción no directamente centrada en la comunicación, el valor de la significación recogida por el sujeto no se puede medir por su grado de adecuación a la significación conscientemente emitida por el actor. La codificación y la descodificación se efectúan en niveles distintos y con parámetros diferentes. El problema no es aquí el de las reglas de correspondencia entre significados y significantes, como es el caso de la semántica; el problema es mucho más complejo, puesto que nos enfrenta con la construcción de significados a partir de la utilización conjunta de distintos códigos que para colmo son, además, de naturaleza distinta.

EL ENTRAMADO MATERIAL

El énfasis sobre las determinaciones conductuales provenientes del entorno⁴ ha corrido por cuenta de las orientaciones de tipo conductista, aunque también los gestaltistas aportaron su grano de arena insistiendo sobre la pregnancia de las «buenas formas». Es, por supuesto, lógico que las orientaciones que más ahínco pusieron en la investigación de los efectos resultantes del medio fueran precisamente aquellas que mayor importancia concedían a los procesos no cognoscitivos en la configuración de las conductas.

La psicología ambiental y la ecopsicología han capitalizado el esfuerzo realizado desde el conductismo, quedando sin duda marcadas por esta herencia pero realizando a la vez una valiosa operación de apertura en dirección a otras plataformas teóricas. De hecho la ecopsicología y la psicología ambiental han ido constituyendo y descubriendo paulatinamente un amplísimo campo de investigación que abarca:

— desde la determinación casi automática de las secuencias conductuales y mentales;

⁴ A nadie escapará que existe una tercera gran fuente de determinación que no se aborda en este planteamiento: las estructuras innatas y las componentes biológicas de las conductas. Esto no significa que no se reconozca la importancia de esta dimensión; todo lo contrario. Consideraremos aquí lo biológico como la base sobre la cual se articulan las restantes determinaciones, pero sin detenernos en su análisis. La importancia y la complejidad del substrato biológico de la conducta social son de tal magnitud, que hemos optado por «neutralizar» esta dimensión, aun con el riesgo de distorsionar nuestro enfoque.

- hasta los más tenues efectos de inflexión de las conductas;
- pasando por sutiles pero incisivos y duraderos moldeamientos de la acción y del pensamiento de los sujetos.

La interacción entre lo semiótico y lo material

La continua referencia a las explicaciones formuladas en términos de significado y a las explicaciones formuladas en términos de presión del entorno no constituye ninguna reedición o reproducción de la vieja polémica entre situacionismo y personalismo, aunque sin duda alguna se pueden notar algunas reminiscencias. La intención que nos anima es precisamente la de sobrepasar ese tipo de polémica y de planteamiento. Las salidas más positivas que han solido tener los enfrentamientos entre opciones tajantemente dicotómicas han consistido en abandonar la línea de fuego y dejar de buscar «elementos de prueba» que estableciesen la supremacía de una de las dos posturas en juego. El caso de la polémica «Nature-Nurture» es realmente ejemplar al respecto. Tras años de buscar intensamente cuál de los dos factores es el más decisivo o de intentar medir el peso respectivo de cada uno de ellos, se impuso la conclusión que siempre termina por imponerse en estos casos: a saber, que la cuestión realmente importante apunta a la «interacción» entre los factores y el análisis del modo de funcionamiento de cada cual en tanto que se halla posibilitado, condicionado, potenciado, inhibido o anulado por el otro. En el caso que aquí nos preocupa está claro, por ejemplo, que uno de los múltiples factores susceptibles de determinar el «significado para el sujeto» es precisamente el propio contexto material «desde el cual» éste procede a la lectura de las situaciones. Asimismo, está claro que el contexto material no ejerce los mismos efectos de determinación según sea el tipo de significado que el sujeto le atribuye; baste recordar los resultados obtenidos desde la teoría de la disonancia cognoscitiva para cerciorarse de ello (especialmente elocuentes son los estudios de J. Brehm sobre la sed y los resultados de Ph.G. Zimbardo sobre el control del dolor).

La tentativa de sobrepasar un planteamiento dicotómico puede verse facilitada con la ayuda de ciertas herramientas conceptuales elaboradas en terrenos ajenos al interaccionismo simbólico, a la ecopsicología e incluso a la propia psicología social. Estoy refiriéndome en concreto al trabajo teórico desarrollado por Michel Foucault y, más especialmente, a su concepto de «dispositivo disciplinario» entendido como un instrumento de determinación de las mentes y de los cuerpos. En efecto, el concepto de disciplina, tal

y como lo ha elaborado Foucault, constituye un magnífico ejemplo de concepto integrador, de concepto «crisol» en el cual se funden los aspectos materiales y los aspectos semiológicos y en donde el significado se inscribe en la materia a la vez que el juego de la materia engendra ideología.

La espiral entre lo semiótico y lo material: los dispositivos disciplinarios

Cuando una ameba se aleja rápidamente de una gota de ácido, parece lícito declarar que la ameba ha procesado una información y que ha emitido la conducta que está conectada en su patrimonio genético con ese tipo de información. La cuestión está en saber si también es lícito afirmar que la gota de ácido tiene un «significado» para la ameba. Me inclino por una respuesta decididamente negativa, salvo en el caso de que consideremos una utilización puramente analógica o metafórica del término «significado». En efecto, hablar de significado en este caso nos conduce a no poder diferenciar las operaciones de atribución de significado, por una parte, y las simples relaciones causa/efecto, o estímulo/respuesta, por otra parte.

A nivel filogenético (y probablemente también a nivel ontogenético) parece que el ser vivo comience por reaccionar a las informaciones provenientes del medio, o, mejor dicho, a las informaciones provenientes de su interacción con el medio, siguiendo unas pautas estrechamente programadas en/por su genoma. Más adelante, en la cadena de la evolución (y probablemente de la maduración) el ser vivo se torna menos dependiente de una estricta determinación genética e incluye cada vez más procesos de tipo hermenéutico. El proceso por medio del cual pasamos de un tratamiento de la información en términos de reconocimiento/elaboración de «señales» a un procesamiento de la información en términos de reconocimiento/elaboración de «significados», constituye ciertamente una operación compleja, de difícil análisis y comprensión, pero que ocupa un lugar central en el proceso de la hominización.

Si echamos una rápida mirada a la historia del hombre, y más concretamente a la historia de sus interacciones sociales, podemos ver cómo va aumentando, a medida que remontamos el tiempo, la importancia de las inducciones materiales de tipo estímulo/respuesta o, si se prefiere, de tipo «procesamiento de señales-respuestas genéticamente programadas». El caso de las relaciones de dominación es particularmente ilustrativo al respecto. Nuestros remotos antepasados se preocupaban probablemente bastante poco de conseguir la obediencia de sus semejantes. La fuerza, la astucia o la

habilidad les servían para conseguir, o intentar conseguir, los bienes que apetecían. Se sometían y abandonaban un bien o desistían de intentar conseguirlo, cuando estas mismas características se presentaban, o parecían presentarse, con mayor peso en el contrincante. Tuvo que transcurrir bastante tiempo antes de que se desarrollara una «tecnología de la obediencia» y que se forjaran nuevos procedimientos para doblegar la voluntad ajena ante la voluntad propia. Con la aparición de este nuevo saber se produjo una revolución en la tecnología del poder y el hombre no cesó ya de perfeccionarla: juego de las amenazas y de las recompensas, sutilmente entremezcladas, recurso a lo sobrenatural, invención de la legitimidad del mando, subyugaciones diversas, etc...

Las técnicas más rudimentarias empezaron actuando sobre el cuerpo para conseguir del otro lo que se pretendía (suplicios, castigos corporales, caricias refinadas...). El perfeccionamiento siguió una línea de creciente semilogización. Los sistemas de creencias, las ideologías, los códigos morales, permitieron actuar sobre la mente sin tener que tocar los cuerpos «... Cuando hayáis formado así la cadena de las ideas en la cabeza de vuestros ciudadanos, podréis entonces jactaros de conducirlos y de ser sus amos. Un déspota imbecil puede obligar a unos esclavos con unas cadenas de hierro, pero un verdadero político ata mucho más fuertemente por la cadena de sus propias ideas. Sujeta el primer cabo al plano fijo de la razón; lazo tanto más fuerte cuanto que ignoramos su textura y lo creemos obra nuestra; la desesperación y el tiempo destruyen los vínculos de hierro y de acero, pero nada pueden contra la unión habitual de las ideas, no hacen sino estrecharla más; y sobre las flojas fibras del cerebro se asienta la base inquebrantable de los Imperios más solidos»⁵.

Sin embargo, esta línea de «progreso» asentada en la semiología se quiebra en el siglo XVIII y Foucault nos muestra cómo vuelven a aparecer entonces unas técnicas de «inducción material» que aseguran la sujeción de los hombres. Con el advenimiento de los «dispositivos disciplinarios» las relaciones de poder prescinden de los «signos» y de las ideologías pasando a grabar sus efectos directamente sobre los cuerpos de los sujetos y consiguiendo, de esta forma, moldear sus mentes de forma subrepticia⁶.

⁵ Citado por M. FOUCAULT en *Vigilar y castigar*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 107. Este fragmento proviene del libro de M. SERVAN, *Discours sur l'administration de la justice criminelle*, cuyo año de publicación remonta a 1767.

⁶ Para una magnífica exposición acerca de los «dispositivos disciplinarios», ver la obra de M. FOUCAULT: *Vigilar y castigar*. También se puede encontrar una exposición resumida en T. IBÁÑEZ: *Poder y Libertad*, Barcelona, Ed. Hora, 1982, (en prensa).

Las disciplinas son un «arte del detalle», una «anatomía política del cuerpo» que consiguen maximizar simultáneamente e inseparablemente las potencialidades de «utilidad» y de «docilidad» de los cuerpos. Sus procedimientos son del orden del «ejercicio», del «examen», de la «espacialización», de las «micropenalidades» y, más globalmente, del orden de la «normalización». Según Foucault estaríamos en una época en la cual el control ideológico ejercido sobre los sujetos mediante las artes semiológicas se doblaría de un procedimiento de sujeción disciplinario, no semiológico, material, mucho más difícil de evidenciar, pero también mucho más sutil y eficaz. La fuerza de las palabras frente a la fuerza de los condicionantes materiales. Para obligar al uso de una escalera de bajada y otra de subida podemos colocar carteles imperativos y hasta amenazantes, o bien instalar dos escaleras mecánicas y ahorrarnos los castigos a la vez que ocultamos la presencia visible de la Ley.

Por supuesto, no hay ninguna razón para que la espiral de lo material y de lo semiológico se detenga en el estado de las disciplinas. El paso siguiente podría dejar caduca la noción misma de «obediencia», haciendo que la desobediencia fuera técnicamente imposible y terminara por ingresar en el mundo de lo «no pensable». La biotecnología y su dominio del A.D.N. encierra sin duda promesas al respecto.

LAS REPRESENTACIONES EIDÉTICAS Y SUS EFECTOS EN LAS INVESTIGACIONES PSICOSOCIOLÓGICAS: LA VARIABLE SEMIOLÓGICA COMO VARIABLE DESDEÑABLE

Sería absurdo, o cuando menos paradójico, subrayar la tremenda importancia de lo semiológico, plantear la necesidad de estudiar la interacción entre los factores semiológicos y materiales, y emprender seguidamente ese estudio desde una perspectiva en la cual la variable semiológica no se contemplase como un aspecto del propio proceso de investigación. Algo así como querer estudiar la interacción entre aquello que se observa y el instrumento de observación, y no tomar en cuenta el hecho de que utiliza precisamente un instrumento de observación para realizar ese estudio. Gran parte de la crítica de fondo dirigida contra la experimentación en psicología social está basada justamente en que ésta se ha desarrollado como si ella misma fuese un objeto neutro, desprovisto de significado. Con una agudeza mental que le situaba muy por delante de su época, S. Rosenzweig⁷ ya for-

⁷ ROSENZWEIG, S., «Experimental situation as problem», *Psychological Review*, 1933, 40, pp. 347-354.

muló en 1933 los principios de la «crítica psicosociológica al experimento psicosociológico», que serían desarrollados muchos años después por investigadores como M.T. Orne⁸ y como R. Rosenthal⁹. Pero antes de entrar en este tema se impone hacer una precisión terminológica: utilizaré en lo sucesivo el término «representación eidética» para denotar los aspectos semiológicos de índole psicosocial. Una representación eidética se refiere en este sentido al conjunto de los significados que conlleva para un sujeto una situación determinada.

En 1933 Rosenzweig demostraba nítidamente en su artículo «Experimental situation as problem» que ciertas variables consideradas como «desdeñables» por los experimentadores eran susceptibles de contaminar gravemente sus resultados. El análisis crítico de la experimentación en ciencias humanas se orientaría ulteriormente en dos direcciones: las *demand characteristics* de Orne, que podríamos traducir por «inducciones inherentes a la propia situación experimental» y, por otra parte, los «experimenter effects» de Rosenthal o «efectos debidos a las características del experimentador». Entiendo que estos dos núcleos críticos pueden unificarse teóricamente por medio de la noción de representación eidética. Baste considerar que:

— los efectos relacionados con la situación experimental (*demand characteristics*) son directamente imputables a las representaciones eidéticas propias del sujeto según cuál sea su papel y posición en el marco de un experimento «científico»;

— los efectos introducidos involuntariamente por el experimentador (*experimenter effect*) provienen, por su parte, de las representaciones eidéticas que el propio experimentador ha elaborado acerca de cuál debería ser el comportamiento «normal» de los sujetos, es decir cuál debería ser su comportamiento teóricamente previsible.

Se acepte o no esta unificación, lo que no deja lugar a dudas es que la carencia de control sobre las variables representativas torna ilusorio el carácter supuestamente «constante» de la situación experimental, y ello a pesar de que esas variables representacionales o, si se prefiere, a pesar de que los significados de la situación sean en todo rigor exteriores en relación a la problemática específica del experimento realizado. Hasta aquí la crítica se enmarca dentro de las coordenadas del propio método experimental y es perfectamente recuperable para mejorar el diseño de los experimentos, cosa que, en parte, se ha hecho.

⁸ ORNE, M.T., «On the social psychology of the psychological experiment», *American Psychologist*, 1962, 17, pp. 776-783.

⁹ ROSENTHAL, R., *Experimenter effect in behavioral research*, N.Y., Appleton Century Crofts, 1966.

Una cuestión bastante más grave radica en el hecho de que, aun en el caso de que se consiguiera neutralizar por completo los efectos mencionados, cosa factible, la situación experimental seguiría siendo irreductiblemente «polisémica», al igual que lo es cualquier discurso.

Los mecanismos específicos que se estudian en el laboratorio provocan unas representaciones eidéticas que afectan de forma significativa a su propio funcionamiento. Así, autores como E. Apfelbaum¹⁰, J.P. Codol¹¹, M. Plon¹² han demostrado experimentalmente que si se generan representaciones diferentes ($R_1, R_2 \dots R_n$) de una misma situación, (por ejemplo, una misma matriz de juego) los sujetos emitirán comportamientos totalmente distintos ($C_1, C_2 \dots C_n$, por ejemplo, conductas cooperativas o conductas competitivas). En esta misma orientación, J.P. Desportes, A. Duflos y M. Zaleska¹³ han demostrado que los efectos provocados por la presencia de un observador, lejos de ser efectos de «mera copresencia», varían según la representación que los sujetos elaboran en relación al observador.

Es bastante probable que una de las principales razones por las cuales la psicología social no consigue formular algo que se parezca a una «ley» de la conducta social radique precisamente en esta tendencia a descuidar las representaciones eidéticas generadas por los mecanismos específicos sometidos a estudio. Por regla general, los efectos dependientes ($C_1, C_2 \dots C_n$) que se suelen imputar a la manipulación de las correspondientes variables independientes ($V_1, V_2 \dots V_n$) tienen una validez circunscrita al tipo de representación eidética engendrada por la situación en la que estas variables aparecen. No es imposible, por ejemplo, que el carácter temporalmente corto que caracteriza a las situaciones experimentales les confiera una significación de tal naturaleza, que las relaciones establecidas en el marco de esas situaciones solamente se den en aquellas situaciones que vehiculan dicho significado.

¹⁰ APFELBAUM, E., «Representations du partenaire et interactions à propos d'un dilemme du prisonnier», *Psychologie française*, 1967, 12, pp. 287-295.

¹¹ CODOL, J.P., «Representation de la tâche et comportement dans une situation sociale», *Psychologie française*, 1968, 14, pp. 217-228.

¹² PLON, M., «Observations theoriques et experimentales sur le rôle des representations dans des situations de choix conflictuels», *Bull. du C.E.R.P.*, 1968, 17, pp. 205-244.

¹³ DESPORTES, J.P., DUFLOS, A., ZALESKA, M., «La facilitation sociale: un vieux problème toujours sans solution». *Bull. du C.E.R.P.*, 1969, 18, pp. 27-42.

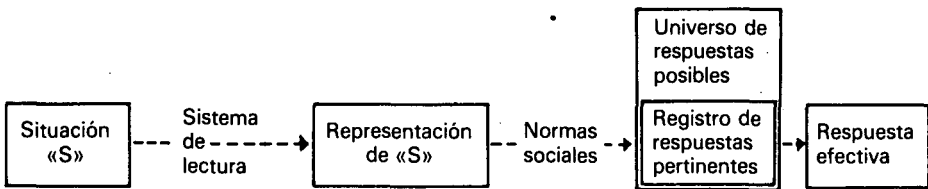
GÉNESIS DE LAS REPRESENTACIONES EIDÉTICAS Y EFECTOS DE LOS CONTEXTOS MATERIALES

Las representaciones eidéticas contribuyen notablemente a moldear las conductas sociales de los individuos; esto no significa, sin embargo, que las características materiales «objetivas» de las situaciones no desempeñen también un papel determinante, aunque sólo fuera porque las representaciones eidéticas constituyen un producto elaborado precisamente a partir de las interacciones entre el sujeto y la situación en la que se halla (algo así como el precipitado que resulta de la interacción entre una sustancia química y un reactivo). Es precisamente cuando las representaciones no guardan relación con las correspondiente situación cuando se suele hablar de «delirio». En contraste con la importancia que los procesos de producción de las representaciones eidéticas parecen tener, nos encontramos con que no han sido prácticamente explorados por los psicólogos sociales y que carecemos de pautas bien definidas que estructuren este campo.

Sugiero, por analogía con la psicolingüística, que asimilemos esos procesos a una «lectura activa» (codificación/descodificación) de las situaciones sociales, cuya finalidad o cuyo resultado consiste en descifrarlas y atribuirles un significado. Los aspectos básicos del sistema de «descodificación de la realidad» de que dispone un sujeto se elaboran durante la sociogénesis del individuo. Pero ese «sistema de lectura» (que engloba en su seno las «ideologías») evoluciona a lo largo de toda la existencia del sujeto, modificándose con el tiempo y las experiencias. No me cabe la menor duda, aunque por supuesto convendría demostrarlo, que ese sistema de lectura de la realidad¹⁴ se encuentra fuertemente influido por el tipo de actividad dominante que desarrolla el sujeto en su vida cotidiana. Sería probablemente interesante poder comparar las lecturas que hacen de una misma situación dos grupos de sujetos fuertemente diferenciados en cuanto a las condiciones de su sociogénesis, pero que estén insertos en un mismo campo de actividad profesional. Si se hallasen diferencias sería, sin embargo, muy difícil dictaminar su procedencia. En efecto, nada nos indica si los diferentes comportamientos manifiestos de los sujetos se deben a una diferencia en la lectura de la situación o a una simple diferencia en cuanto a los «registros de res-

¹⁴ Cabe recordar aquí que un «sistema de lectura» no «extrae» el significado encerrado en el texto, sino que «construye» el significado como resultante de la interacción entre el texto, con sus múltiples significados inherentes, y el propio sistema de lectura con sus múltiples claves posibles.

puestas» disponibles frente a una interpretación dada¹⁵, es decir, a unas variables situadas «después» de la representación. Para evitar confusiones sugiero que se ubique la intervención de las «normas sociales» en posición de posterioridad respecto de las representaciones, o si se quiere «a la salida» de éstas¹⁶. Ante una representación determinada, las normas sociales interiorizadas por el sujeto le indican cuál es el registro de respuestas pertinentes que tiene a su disposición; esto puede representarse de la siguiente manera:



Creo que queda patente el interés que tendría el hecho de situarse en el polo diametralmente opuesto al que eligió M. Sherif¹⁷ cuando emprendió el estudio de la formación de las normas sociales y analizar lo que ocurre en el «punto de fisión» de una norma. Cuando se quiebra una norma, ¿qué es lo que se modifica: el registro de respuestas que se venía considerando hasta entonces adecuado a una determinada representación o bien esa misma representación de la situación? En el caso, muy probable, de que se produjera uno u otro de los efectos según las circunstancias, entonces quedaría abierto el camino para establecer unas tipologías de las normas sociales que encerraría un valor distinto al meramente descriptivo.

Cuando un sujeto explora una situación por medio de su sistema de lectura es posible caracterizar la exploración en función de:

- su intensidad (fenómenos de atención diferencial, de novedad, de implicación personal...);
- su orientación (fenómenos de contexto ideológico, o institucional, de actitudes, de motivaciones, de expectativas...). La distinción entre estos dos aspectos puede ser útil para diferenciar los efectos ligados al sistema de

¹⁵ PAGES, R., «Image de l'émetteur et du récepteur dans la communication». *Bull. de Psychologie*, 1955, 8, pp. 452-460.

¹⁶ Soy consciente de que las normas sociales intervienen también «antes» de la elaboración de las representaciones, determinando por ejemplo los elementos de la situación que deben ser «percibidos» y los que deben ser «ignorados» y contribuyen por lo tanto a la génesis de una representación. No se trata, por supuesto, del mismo tipo de normas.

¹⁷ SHERIF, M., *The Psychology of social norms*. N.Y. Octagon books, 1965.

lectura como tal y los efectos relacionados con sus «condiciones de uso». Esto permitiría, entre otras cosas, determinar cuál de esos dos aspectos es responsable de las «cegueras selectivas», es decir, de la no-descodificación de ciertos aspectos implícitos e incluso explícitos en una situación dada (se puede no oír un sonido porque no se le ha prestado atención o porque su frecuencia está por debajo de nuestras capacidades). En cualquier caso se trata de dos aspectos que conviene diferenciar nítidamente si se pretende estudiar las condiciones de producción de las representaciones eidéticas. Otro de los aspectos que se debe tomar en cuenta de manera inexcusable es el impacto de la propia situación material. Más precisamente, formularé la hipótesis de que la representación eidética de una situación depende en grado elevado de la «relación material que une al sujeto con esa situación». En el plano de la sociedad global esto significa que con unos sistemas de lectura y unas capacidades cognoscitivas de descodificación similares, un obrero y un intelectual (o un joven y un viejo, una mujer y un hombre, etc...) no leerán de la misma forma una misma situación ni desembocarán en una misma representación debido a que su relación material a la situación es distinta. Es evidente, por supuesto, que para que intervenga un efecto diferenciador, a pesar de que los sujetos tengan la misma ideología y las mismas capacidades, la situación debe encerrar una característica que establezca una diferencia en la relación material que une a los sujetos con la situación y ello precisamente en función del criterio que les diferencia (sexo, edad, trabajo, etc...). Esto significa que un joven y un viejo que tengan la misma ideología interpretarán, sin embargo, diferentemente una misma situación, a condición de que ésta ponga en juego un factor material relacionado con la edad. Mi hipótesis es, pues, en concreto, la siguiente: «Aun disponiendo de un sistema de lectura similar, los sujetos enfrentados a una misma situación procederán a una lectura distinta y desembocarán sobre representaciones diferentes, siempre que su relación material a la situación sea distinta».

No parece que una demostración experimental de este punto de vista encierre demasiadas dificultades. A título ilustrativo sugiero el siguiente diseño:

Sean dos grupos de sujetos, *A* y *B*, constituidos aleatoriamente y asignados a sendas situaciones experimentales que se diferencian únicamente por el grado de confort que tienen para los sujetos (tipo de asiento, temperatura ambiente, colores etc...):

Situación «A»: muy confortable.

Situación «B»: muy inconfortable.

La repartición aleatoria de los sujetos es una garantía de que no diferirán

en cuanto a su sistema de lectura, que es en este caso de orden puramente perceptivo-visual.

Sean unos mismos objetos estímulos que los sujetos deberán descodificar: dos series de 20 diapositivas cada una. Cada diapositiva presenta con una disposición variable el mismo número de puntos de color, pero en tal cuantía que es imposible contarlos en el tiempo de la exposición.

Procedimiento: Una vez que el sujeto está instalado en la situación que le corresponde se le informa de que: 1) se trata de una tarea de «evaluación perceptiva»; 2) debe evaluar lo más exactamente posible, el número de puntos que hay en cada diapositiva, sabiendo que éste es invariable en todas ellas; 3) debe transmitir su evaluación al experimentador después de cada diapositiva, por medio de unas teclas numeradas; 4) recibirá en respuesta a su evaluación la señal +, -, o bien =, según que la evaluación emitida por otro sujeto presente en la sala contigua sea superior, inferior o idéntica a la suya propia; 5) concluirá la presentación de diapositivas de una serie cuando aparezca el signo =.

En realidad, ocurre lo siguiente: Durante la primera serie, D_1 , el experimentador comunica sistemáticamente al sujeto el signo +, indicándole así que su compañero emite evaluaciones más altas que las suyas. Al final de la serie D_1 se comunica al sujeto que ha sobrevalorado el número real de un 10 % aproximadamente y en promedio.

Al inicio de la segunda serie, D_2 , se comunica al sujeto que esta serie tiene el mismo número de puntos que la anterior, pero que su compañero ignora este dato. Con ello el sujeto cree saber cuál es aproximadamente el número real de puntos presentados en las diapositivas. El sujeto cree, pues, disponer de la *verdad*.

La serie D_2 se presenta de la misma forma que la anterior, es decir, se envía sistemáticamente el signo +.

Una vez concluida la presentación de la segunda serie se formulan al sujeto las siguientes preguntas:

- cuántas series está dispuesto a seguir visionando;
- cuál es su opinión acerca de la finalidad del experimento, dándole a

elegir entre:

- a) medir la capacidad de concentración visual de los sujetos;
- b) evaluar la resistencia de los sujetos ante la influencia, y
- c) analizar la manera en que se establece un consenso.

- Qué valor conceden al hecho de que una persona defienda lo que estima ser la verdad. (Esta pregunta está destinada a conocer de refilón un aspecto de la teoría de la disonancia).

Con esto se da por finalizado el experimento.

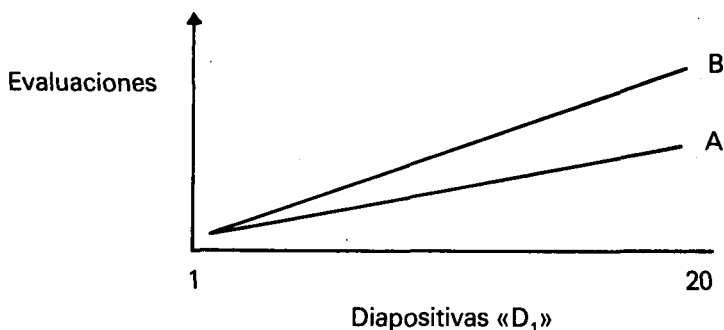
El diseño y las hipótesis son los siguientes: Nuestra variable independiente está constituida por el grado de confort que presenta la situación en la que se coloca al sujeto y tiene dos valores que definen dos tipos de relación material con la situación: una posición en la cual el sujeto desea acabar con la situación y, por otra parte, una posición en la cual el sujeto puede permitirse «esperar» y no apresurar las cosas.

Disponemos de cinco variables dependientes:

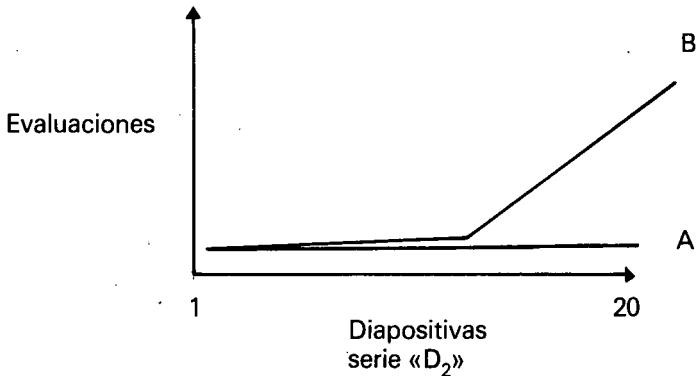
1. Las evaluaciones emitidas durante D_1 (búsqueda de una norma común, susceptibilidad a la influencia, situación de tipo Sherif...).
2. Las evaluaciones emitidas durante D_2 (grado en que uno está dispuesto a alejarse de «la verdad»).
3. Número de series que el sujeto se declara dispuesto a seguir viendo.
4. Elección de una de las respuestas *a)*, *b)*, *c)*.
5. Actitud hacia la «fidelidad a la verdad».

Nuestras hipótesis son las siguientes:

1. En la serie D_1 las evaluaciones tenderán a aumentar entre el principio y el final de la serie y tendrán una pendiente significativamente más pronunciada para los sujetos de tipo «B» que para los sujetos de tipo «A».



2. En la serie D_2 las evaluaciones, supuestamente «acertadas», variarán escasamente a lo largo de la serie en lo que concierne a los sujetos de tipo «A», mientras que las evaluaciones emitidas por los sujetos «B», estables durante una parte de la serie, experimentarán un brusco despegue:



3. Los sujetos «A» se declararán dispuestos a ver un número de series significativamente más alto que los sujetos «B».

4. Los sujetos del grupo «B» elegirán más respuestas de tipo *b* que los sujetos del grupo «A»; mientras que estos últimos darán más respuestas de tipo *c* que sus compañeros del grupo «B».

5. Los sujetos del grupo «A» tendrán una actitud más favorable hacia la defensa de la «verdad» que sus compañeros del grupo «B».

En el caso de que estas hipótesis no se vieran refutadas por el experimento podríamos seguir afirmando que no vemos ninguna razón para no considerar válida la hipótesis que hemos enunciado.

Por supuesto, el auténtico interés de esta hipótesis no radica en la interpretación de situaciones tan triviales como la que hemos descrito, sino en la interpretación de situaciones que conlleven un material de tipo «ideológico» y con una carga de elementos «significativos». Sin embargo, lo importante es comenzar a dilucidar los mecanismos por los cuales se elaboran las representaciones eidéticas, y sobre todo analizar la función que desempeñan los aspectos materiales de las situaciones en ese proceso de elaboración... Como se ve, el camino por recorrer se anuncia largo.